



NACIDO EL 11 DE NOVIEMBRE DE 1926 en Jerez de la Frontera, José Manuel Caballero Bonald recibió el 23 de abril del 2003, en el paraninfo de la Universidad de Alcalá, el premio Cervantes. Su extensa obra poética y su prosa así lo ameritaban. Pero lo que muchos no recuerdan es su estadía en Bogotá entre 1960 y 1963, donde enseñó literatura española y humanidades en la Universidad Nacional de Colombia. Allí se relacionó con los escritores agrupados en la revista *Mito*, quienes le editaron en 1961 una antología poética titulada *El papel del coro*. En esa época el periódico bogotano *El Espectador* le publicó en tres entregas dominicales (9, 16 y 23 octubre de 1960) su crónica de viaje por el río Magdalena, entre Barrancabermeja y Barranquilla. Como homenaje a este brillante hombre de las letras españolas que no olvidó nunca los paisajes ni las gentes de nuestra tierra caliente, se reproduce ese relato en esta novena entrega de la *Revista de Santander*.

ANTICIPACIÓN DE LA SELVA

El Gran Río de la Magdalena, que se engulle a otros quinientos ríos desde que nace hasta que muere, no andaba muy allá de agua con las últimas sequías. La navegación se hacía difícil por los parajes de poco calado y, algo más al sur de Barrancabermeja, por donde el Carare se rinde al viejo Yuma de los indios, el vapor de la compañía fluvial tuvo que quedarse esperando a que el Magdalena se llenara un poco. Tres metros escasos de fondo son buenos para ahogarse, pero no para singlar por el río abajo. El remiso horario de la tierra empezaba ya a aliarse con mis propios cálculos, mientras intentaba descubrir la condición de los caminos por donde andaba lo más despacio posible. Esperar la subida de las aguas en Barrancabermeja ya suponía una buena fórmula para otorgarle al tiempo su más indolente compás. Qué menos.

Barrancabermeja, como su nombre indica, se vuelca sobre el Magdalena desde una hondonada de tierra pedregosa y rojiza, decorada de pastizales y chimeneas.

El puertecito fluvial, con sus verdinosos pantanales y sus menguados andenes, bullía con el aromático trajín de la mañana. Entraban y salían barcasas y canoas, tableteando contra los morichales ribereños, como si cumplieran con una obligación indeseada. Hacía un calor endiablado, y algo parecido a una gasa caliente se metía a rachas por la boca, taponando la respiración y pegando al paladar las pastosas podredumbres del aire.

Bajo el cobijo de una enramada, unos hombres se desayunan con sancocho de pescado, medio tumbados en unas banquetas de cemento. Olía a cuero curtiéndose y a miasmas vegetales. Hacia la parte del mercadillo unas mujeres transportaban en la cabeza grandes bultos de inmensas hojas de cambur. Andaban como con miedo de tropezar, lentas y sigilosas, el airoso pecho retumbando al ritmo de la marcha. Entre los envites polvorientos del sol, todo parecía hecho de escombros primitivos, y era como si el mismo paisaje economizara su opulencia, impelido a despreñar sus propias hermosuras.



Por una presumible asociación de ideas, pensé en las historias literarias de las selvas del Vaupés y del Amazonas, al tiempo que mi sensibilidad mediterránea se contraponía implacablemente al concepto genuino de la selva, a ese mundo indestructible donde se desmorona sin tregua el mundo.

En la otra orilla de Barrancabermeja está la selva; al menos, el lujurioso muestrario de las omnipotentes vegetaciones del trópico. Yo miraba con el corazón encogido esa natural orgía de la flora, la hoguera del color pintada en un horizonte como a punto de calcinarse. Decidí sentarme en un yerbazal ribereño, junto a un talud de palmarala. No me resultaba fácil medir el calibre de la realidad, como si el demasiado acuciante llamamiento del paisaje me estuviese entorpeciendo la asimilación de una experiencia tan aparentemente simple. En la otra orilla, dormía lo que muy bien podía parecerse a la dimensión aventurera de mi infancia, esos vientos enigmáticos que nunca soplaron en los arrabales de mi primera memoria. ¿Cómo no dejarse arrastrar por aquella tentación, a la vez seductora y temible, entrar en su ignorado dominio, tocar una sola hoja de su secreto? Empecé a sentir un subrepticio resabio de palurdo. Vi venir entonces a un mozo bruno y cantarín, con un rejo de enlazar al hombro. Casi no me atreví a preguntarle lo que quería.

—Oiga, por favor, ¿sabe usted cómo podría ir a la selva?

El hombre apoyó el rejo en el suelo para mirarme más detenidamente.

—¿A la selva?

—O sea, a la otra orilla.

—¿A la otra orilla?

—Sí.

—Quién sabe.

El hombre prosigue su camino.

A pocos pasos, desamarra una canoa varada entre los bejucos del terraplén. Antes de empujarla con el canaleta, se vuelve hacia mí, amparándose del sol con una mano de madera.

—Doctor...

—Dígame.

—¿Usted va a Casabe, al campamento?

Ya me había acostumbrado a que no me entendieran del todo, de modo que para no complicar más las cosas, contesté que sí, que iba al campamento.

—Pues el trasbordador sale cada hora; es decir, si sale.

—Muchas gracias.

—A la orden.

El trasbordador era el de la compañía petrolera y, efectivamente, cada hora mal contada, cubría los buenos quinientos metros que calza el Magdalena por aquí. Me costó mi trabajo explicarle al patrón de la barcaza que no iba al campamento, que lo único que quería era dar un paseo por aquellos andurriales. También me miró con algún recelo. Por lo visto, no era costumbre, pero al final accedió y pude atravesar el río. El trasbordador izó la rampa metálica que tenía abatida sobre el terrizo del muelle igual que un puente levadizo. Desde la cubierta, cruzada de bancos de hierro y materialmente alfombrada de arenisca, el Magdalena parecía un lago, envuelto en tórridos pasadizos de bruma y vientos aceitosos. Por encima del caserío de Barrancabermeja humeaban las chimeneas de la refinería, con la inagotable llama de gas de sus setenta mil barriles diarios procedentes de los crudos de Casabe. Era mucho petróleo para que el aire estuviese limpio y para que no se adhiriera a la garganta un rancio regusto fabril.

Desde el embarcadero de la concesión, un alquitranado y pegajoso senderillo se interna laboriosamente en la espesura. Los

pozos de explotación están en la otra parte del laberinto vegetal, pero aun así el abrasado viento hace circular por la mañana un repertorio innumerable de grasas. Se respira un caliente hedor a combustible mezclado con la virginidad de la vegetación. Dicen que aquí mismo, a poco andar del Arlú de los santandereanos, brotó de la planicie de Raspalenguas, hace cosa de cuatro siglos, el primer chorro de petróleo que retenía la tierra. Pero los concesionarios de las hoyas del Magdalena y del Catatumbo no se decidieron a sacarle jugo a esa fortuna hasta hace poco más de cincuenta años.

Logré encaramarme, no sin provocar al conductor toda clase de sospechas, en una camioneta que iba tierra adentro. Al llegar a un recodo selvático, di las gracias y me bajé casi a trompicones. Me pareció que el conductor tenía ganas de alejarse lo más aprisa posible. Debí de creer que se las había estado jugando con un loco heredero de los que se tragó la jungla en *La vorágine*. Atrás quedaban las inmensas tuberías del petróleo, el oleoducto que conecta la concesión de Casabe con las de Puerto Berrío y Puerto Wilches y, más allá, con la de Mamonal, ya en la bahía de Cartagena, después de arrastrarse imitando al güío por casi seiscientos kilómetros. Estos pozos de Casabe regalan a la compañía semiyanqui que los explota unos quince millones de barriles al año. Con poco más, se enciende un candil.

Me veía de pronto encerrado entre las cuatro y siempre cuatro paredes de un sofocante reino vegetal. Al principio era como si la vaga sensación de vivir mi primera experiencia cierta en el trópico nublara todo lo demás. Después, poco a poco, noté como si despertara de súbito a la realidad, como si el retumbo del aliento selvático se me alojara en la cabeza. Alertado por mil secretas irrupciones de gritos, de arrastres, de crujidos, tenía la impresión de haber ingresado en una cueva taponada de múltiples enramadas húmedas. Por vez primera sentía una comunicación inmediata, casi una especie de con-

tacto sexual con la fastuosa naturaleza. No había ningún síntoma visible de vida y allí estaba precisamente lo más genital de la vida. Un calor erótico y abrumador interceptaba el paso del tiempo por toda aquella quebradiza soledad. Quizá empezara a tener conciencia de que todo aquel mundo desconocido y acechante era como un sueño inmenso donde animales y vegetales conspiraban igualmente en descabalar las señas de la realidad. Un chasquido en la sombra, una rama tronchada, un aleteo oculto. Nada. Casi llegué a olvidarme de la significación de los ruidos: creía oírlo todo sin llegar a oír más que una especie de saturación ululante de todos los estruendos de la naturaleza. Empezaba a sentir un palmario temor a no saber soltarme de esas fascinantes y alevosas amarras.

Al repasar después estas anotaciones mentales, me daba cuenta que aquello no era todavía la selva en estado puro, es decir, la selva provista de todos los lúbricos mitos de la virginidad. Por allí se sabía adónde ir. Más o menos. Tarde o temprano, al acercarse a las “cieneguitas” del río Cimitarra, aparecerían las torres de hierro de los campos de petróleo, las grandes máquinas devoradoras de tierra. Uno podía imaginarse el contraste ambiental del campamento, los chalés con aire acondicionado, la cultura del bienestar usurpándole a la selva sus dominios salvajes, el sudor de los trabajadores almacenado en frasquitos para vender a los extranjeros. No obstante, y aun contando con esas cortapisas industriales, el ebrio pájaro de la alucinación seguía revolando sobre la tierra majestuosa.

El sol envolvía el ámbito vegetal en un halo cegador. Por una presumible asociación de ideas, pensé en las historias literarias de las selvas del Vaupés y del Amazonas, al tiempo que mi sensibilidad mediterránea se contraponía implacablemente al concepto genuino de la selva, a ese mundo indestructible donde se desmorona sin tregua el mundo. Es cierto que la selva se aniquila y se engendra a la vez. A la continua devastación, a la incesante podredumbre, sigue la incesante

lozanía, la continua restauración. La selva se aniquila a sí misma porque a sí misma se procrea, y de esa cíclica tendencia a la nada surge la plenaria inclinación al todo. Ya estaba asistiendo aquí, en los boscajes tropicales de Barrancabermeja, a la prefiguración emocionante de lo que no podía ser sino el preámbulo de un conocimiento veraz.

Continué deambulando un buen rato todavía, con las suelas de los zapatos requemadas por una costra blanda de alquitrán. Un gran lagarto de pintas verdiamarillas surca como el rayo por las rugosidades de un tronco. Los cantos de los pájaros, innumerables y atronadores, se diluían en la crudeza de la luz, espesándola con algo de estallido de una bengala. Había que salir de ese cerco vertiginoso. La respiración del río me devolvió otra vez el entrecortado ritmo de mi propia respiración.

NOCHE EN BARRANCABERMEJA

Pasé la noche en Barrancabermeja. A última hora, avisaron que el vapor de la compañía fluvial no iba a poder llegar a puerto hasta el día siguiente. Bien. El Magdalena sabía poner sus caudales al servicio del viajero que no tiene prisa o que prefiere no tenerla. Barrancabermeja, de noche, parecía un pueblecito castellano que acaba de estar en fiestas y duerme de un tirón su gustoso cansancio. Pasear, a orillas del río, por los andenes de arenisca, bajo la caliente penumbra de los sonoros árboles, era un grato episodio que compensaba con creces la espera.

Anduve sin rumbo por las callejas aledañas al muelle, sin apenas cruzarme con nadie. Todo estaba sigiloso y como adormilado. Pero ese sueño y ese silencio no eran tranquilos, había algo que me hacía suponer que no lo eran. Decidí entrar en un cafetucho de la orilla a tomar una copa de aguardiente. El cafetucho se reducía a una habitación mal alumbrada, con un fogón de tapia en el frontal, donde se asaban arepas, y un minús-

culo mostrador de tablas cuarteadas. Dos hombres beben cerveza, mudos y estáticos, sentados en unas banquetas junto al tabique de adobes. Estaba sudando a chorros y no entendía cómo los dos parroquianos permanecían arrebuajados en sus ruanas.

—Como que está haciendo frío, ¿ah?

No sé si quien ha hecho la aclaración hablaba en broma o estaba enfermo. Una muchacha cetrina, de pelo azulenco y carnes relucientes, trajinaba en el fogón. Tenía un ademán triste y una especie de prematura dejadez en su enteco cuerpo de adolescente. Tuve la sospecha de que no me miraba con buenos ojos. El aguardiente quemaba en la garganta como un zarpazo. Afuera, sonó el estallido del tejo, que apagó por un instante el enojoso zumbido de los jejenes. Iba a pedir otra copa, pero opté por irme. Ya en la calle, oí decir:

—Otro gringo, qué vaina.

La noche estaba quieta y oscura, con un quejumbroso fondo de sobresaltos. Se escuchaba un motor en el río, un sordo golpear de maderas, el grito de amor de la garza. Unos estibadores negros preparaban la carga, amontonándola en los enjutos andenes del muelle. Olía a esperma y a musgo.

—Déjese de aguardías.

—Carajo, con ocho papeles lo único que se puede hacer ahorita es entregar los costales.

¿Hablan quizá de lo mísero del salario bananero, que había quedado reducido a cuatro pesos, cuando el coste mínimo diario de la vida es de siete y medio? ¿De qué hablan? Apenas pude ir anotando en la memoria esas conversaciones fragmentarias, tan musicalmente pegadizas, medio asociadas al principio a un lenguaje que más parecía jerga de estibadores que fruto de alguna variante dialectal del castellano. Luego supe que se trataba simplemente de la rica y gráfica habla popular del Magdalena, con la que sólo pude familiarizarme entonces a través de ejemplos muy precarios.

El hotel estaba encaramado a un promontorio que se asomaba temerariamente al río desde una rotonda con balaustres de piedra, bancos de azulejos y arriates de flores mustias. Por dentro, era desapacible y destartado como un cuartel, con el vestíbulo y el comedor pintados de rabiosos colores y decorados a partir de una especie de delirio imperial.

Mientras cenaba parsimoniosamente, se sentó a mi mesa sin previo aviso un señor corpulento y malencarado que resultó ser un vasco que traficaba en oro por Yarumal, cerca del río Cauca. El vasco era sin paliativos un imbécil. Aficionado al trago y al mujerío, sus tejemanejes no estaban demasiado claros. Según me explicó sin necesidad ninguna, empezó por su cuenta y riesgo, registrando los ríos de posible lecho aurífero y lavando él mismo el mineral en un molino arrendado. Al poco tiempo, las cosas empezaron a irle bien, malpagando a sus peones y biencomprando ganado sin marcar. Llevaba ruana y zamarros y hablaba como confidencialmente, salpicando el mantel con la humedad grosera de sus palabras y pretendiendo instruirme en sus sabidurías y trapicheos.

—Ha hecho usted pero que muy bien viniendo a embarcar a Barranca. Más arriba, por Puerto Berrío, es peligroso.

Yo sabía que algún riesgo impredecible había, pero preferí hacerme el ignorante.

—¿Peligroso?

—No me diga que no lo sabe. A veces asaltan el barco y, si no encuentran mucho que robar entre los pasajeros, se llevan a las mujeres.

—La primera noticia.

—Después de gozarlas unos días, las sueltan.

—¿A quién?

—A las mujeres, a ver si me entiende. Cuando no se las cepillan a gusto, las liquidan.

—¿Y cuántos años dice usted que lleva en Colombia?

Recuerdo haber leído no hace mucho que un viejo capitán del Magdalena —don Carmelo Díaz, por más señas— se pasó la vida soñando con un lógico plan de transformación y aprovechamiento del río, estudiando sus magníficas posibilidades como eje del desarrollo fabril y agropecuario de Colombia. Pero las ideas del fervoroso capitán cayeron en saco roto.

—Veintitrés mal contados, ya le digo.

—Pues se ve que ha aprovechado bien el tiempo.

—Y tanto, pues. Mano dura, aquí mano dura. Verá...

Decidí levantarme y dejar al vasco con la palabra en la boca. Era mejor. Mientras atravesaba los porches del patio, tal vez pensara que aquel cretino era todo un símbolo indecoroso de un cierto cupo de emigrantes que vendieron de antemano su alma al mejor postor.

De madrugada, saltó la tormenta. El trueno retumbó con una tremenda furia hasta el amanecer. La habitación parecía una caverna que multiplicara los ecos hasta el delirio. Pero el hotel no se vino abajo. Desde la ventana se veía el incendio del río, como si los relámpagos emergieran del fondo de las negras aguas, aplastándose contra las arboledas. Me levanté cansado y como si hubiese salido de una pesadilla, con una sensación parecida a la del que se ha perdido en la selva. Desayuné jugo de curuba y huevos pericos y guamas, que viene a ser como una equivocación zoológica de la botánica, producto de la unión carnal del lagarto con la habichuela. Por supuesto que no me olvidé de digerir todo eso con un buen trago de aguardiente.

El aguardiente de caña, por estos andurriales, resucita a un muerto.

RUMBO A PUERTO WILCHES

Hacia mediodía, zarpó el vapor que cubre la línea con Barranquilla y que se presentó en Barrancabermeja con unas treinta y tantas horas de retraso. No fue mal recibido, sin embargo, sobre todo por la meritosa hazaña de haber superado con bien el bache de la sequía. El llamado “expreso fluvial”, propulsado por paletas, con toda la pinta de un viejo vapor del Misisipi, era una especie de casita de campo de tres pisos, bien encalada y aireada. De entrada, no descubrí a ningún tahúr, sino a unos cuantos pasajeros directamente equiparables a un grupo de funcionarios en viaje de asueto. Me dieron un camarote en lo que podría ser el ático, con sus vistas a la selva o al llano, según, y con una cama diminuta que parecía de pensión. El baño estaba tapado con una cortinilla de rameada cretona y, encima de la mesita de noche, había una modesta lámpara atornillada a la tabla y un ventilador de aspas mohosas. Lo primero que pensé fue que me había instalado en la fonda de un pueblecito manchego, que tampoco era mal programa.

Barranca iba quedándose atrás. Se veía emerger el caserío entre la rosada tierra, difusos ya los llanos de La Tora, por donde Jiménez de Quesada se adentró en la aventura demencial de El Dorado. Los humos del petróleo siguen manchando el tupido diseño de la vegetación. El vapor se desliza con una pertinente lentitud por las terrosas aguas, entre cuyos opacos remolinos resbala hacia el mar el limo y el humus de media Colombia. Parece ser que una ordenada y sistemática canalización de esta inmensa cuenca fluvial, otorgaría una nueva potencia a lo que ha sido, en cierto modo, una efectiva palanca del progreso y la unidad del país.

Recuerdo haber leído no hace mucho que un viejo capitán del Magdalena

—don Carmelo Díaz, por más señas— se pasó la vida soñando con un lógico plan de transformación y aprovechamiento del río, estudiando sus magníficas posibilidades como eje del desarrollo fabril y agropecuario de Colombia. Pero las ideas del fervoroso capitán cayeron en saco roto. Basta navegar un poco por el Magdalena para medio entender que en sus fecundas orillas está derrochándose toda una inagotable prosperidad. Si el colombiano bajó desde el altiplano a las vertientes de las cordilleras para sembrar café, algún día, cuando las erosiones vayan despojando a la tierra de sus jugos, tendrá que centrar sus proyectos económicos en la cuenca del “río de la patria”, aprovechando esos incalculables almacenes de vida que ahora deja escapar en beneficio de nadie.

Casi sin ser notada, se ve venir la noche aguas arriba, tejiendo el turbulento tapiz de la selva de una aromática y morosa delicia. No sé por qué gratuitas imaginaciones, pensé que el barco navegaba cuesta abajo y que, a la vuelta de cualquier recodo, el agua tendría que saltar forzosamente, buscando el nivel del mar. Desde que el Magdalena nace, allá por la alta laguna andina de su nombre, hasta que baja hasta Barrancabermeja, la cota superior viene a descender más de tres mil quinientos metros. Pero todavía queda bastante bajada hasta llegar al mar Caribe en Bocas de Ceniza. La verdad es que no estaba acostumbrado a los ríos verticales.

Sentado en la proa, bajo un toldo de mugrienta lona, miraba hacia el rumbo del barco. El barco lleva por delante, empujándolos, dos inmensos lanchones con la carga: sacos de tabaco y de café, costales de maíz, bultos de caña y de yuca, bidones y jaulas de madera. Unos negros afianzaban los fardos entre las planchas y las bitas, los torsos de azabache desnudos y como fosforescentes, lentos y tristes. Otra vez se escuchaba el silencio, el sobrecogedor barajuste de la selva. Las ruedas del barco chapoteaban en lo negro como el caimán. Un escuadrón de garzas levantó el vuelo hacia la tenebrosa linde de



los malezales. A poco andar, ya rebrillaban a estribor las luces de Puerto Wilches.

Puerto Wilches, además de la advenediza uve doble del topónimo, dejaba entrever una especie de furtivo aire morisco, como de indolente caserío africano. Quizá sin demasiada justificación, me recordaba la tierra baja de Marruecos, con su cal y su fango, sus franjas de pajonales y sus híbridos aromas a especias y alquitrán. La población, de lejos, aparecía arropada en el grisáceo crespón de la luna, que flotaba en la quieta penumbra descomponiendo las perspectivas y adensando las sombras. El barco se las vio y se las deseó para arrimarse a la orilla. Al parecer, no había mucho calado sobre los aluviones del fondo y el atracadero estaba pidiendo a gritos más madera sobre los rastos de las crecientes. El río empezó a sonar como si estuviera desaguándose por una bajonada. Desde la borda, apoyado en su verde barandal corroído, intentaba distinguir en lo hondo de la ribera lo que tan brumosamente se me entraba por los ojos.

Mientras encapsaban las maromas a las bitas, en Puerto Wilches no se ve un alma. Los almacenes quedaban a la altura de la cubierta, emergiendo de lo negro como sábanas chorreantes de moho. Se respiraba un olor inconsolable a pasto húmedo y a fibra quemada. Cuando el barco logró afianzarse en la tabazón del muelle, saltaron a bordo unos braceros y empezaron a trajinar en los botalones de la carga. Andaban descalzos entre los bultos ya estibados, algunos casi en taparrabos, con una sudorosa tira de algodón anudada a la cabeza, las manos enfundadas en unos descomunales guantes de cuero. Embarcaron más fardos de café. Alguien cantaba un vallenato a media voz, haciendo oscilar las piernas brunas con un perezoso y apagado compás. La canción, en medio de la redonda majestad del río, era como un violento arañazo en el mismo cuerpo de la noche.

Puerto Wilches, según enseñan los mapas, enlaza con Bucaramanga por ferrocarril. Dentro de aquella aislada y sigilosa

orilla, no resultaba fácil imaginarse el tren atronando las hondas comarcas vegetales, acercando hasta la gigantesca espalda del Magdalena el café de Rionegro, la fibra de fique del Chicamocha, el tabaco de Piedecuesta, la caña de Charalá. Detrás de la manse-dumbre del paisaje, se adivinaban los montes santandereanos, las parameras de Angosturas, empinándose desde sus respetables cuatro mil metros sobre las despobladas, selváticas hoyas del Gran Río de la Magdalena.

Cuidando bien de no resbalar por la húmeda rampa, decidí saltar a tierra. De pronto, mientras caminaba entre grandes pilas de costales, sentí como un extraño y emocionado alivio. Sin apenas entenderlo del todo, creí adivinar que fue entonces cuando empezaba a asimilar los complejos y fascinantes componentes imaginarios del trópico. A lo mejor, en el trópico no hace falta más que sorber una brizna de aire, percibir un latido de la tierra, para que se fije en el corazón un riguroso punto de partida hacia una nueva noción del mundo. Pensé que todas las geografías en las que hasta entonces había vivido no pasaron de ser unas réplicas pueriles de los mapas escolares. Pero el Magdalena, en toda su realidad visible e inmediata, era otra cosa. Guardaba para mí, por lo pronto, la lección de una nueva sensibilidad ante el paisaje, de un inolvidable y prodigioso sistema de vinculación entre la tierra y su habitante. Era como si tuviese la repentina sensación de estar descubriendo algo así como el germen nutricional de la naturaleza, un primario estadio de virginidad dentro de su proceso evolutivo. Algo así de literario. Pero sospecho que aún no estaba muy claro nada de eso, si es que alguna vez podía llegar a estarlo. No sabría concretar en qué consistía ese rudimentario atisbo de plenitud ante un espacio físico que jamás había vislumbrado antes. Allí mismo, en la soledad sonora de Puerto Wilches, se había producido inopinadamente el aprendizaje de una idea posible del trópico.

Las aguas del Magdalena lamían con cenagosa voracidad las erosionadas ori-

llas, desguazándolas y arrastrando con los desprendimientos una buena porción de la flora y la fauna, de la geografía y la historia de Colombia. En los tórridos andenes del muelle sólo se escuchaba el arrastre de los fardos, alguna voz trabada y como absorbida por el embudo vegetal, un metálico estruendo de aparejos. Por detrás mugía la embalsada negrura de la noche, un compendio extraño de lujuria y de miedo, de peligro y de hermosura. Nada más. Pero en cada esquina del aire, en cada nudo de los troncos, estaba manifestándose la impresionante condición del trópico.

No eran ni las nueve de la noche y parecía que Puerto Wilches llevaba ya varias horas dormido. Las casas estaban cerradas a cal y canto y se percibía como la emanación del sueño saliendo de las ventanas apagadas. Había algo, no sabía qué, agazapado en la huraña y a la vez acogedora topografía del puerto. Por la izquierda, siguiendo la irregular orilla del río, se salía a una placita primorosamente adornada de floridos cuarteles de ananaes y una farola de fundición por esquina. En el medio, entre unos bancos de piedra con los nombres de sus donantes pintados en el espaldar, se levanta un busto plateado. El busto representa a un caballero de noble ademán y florida barba, con gabán y cuello de pajarita. Por más que busqué, no apareció por parte alguna ninguna inscripción que identificara al caballero. ¿Quién sería ese personaje circunspecto, que observa la vida desde su pedestal con estoica resignación, entre las palmas basculantes de los cambures? Tampoco me importó mucho no saberlo. Quizá sólo me importara entonces la gestión natural de la geografía del Magdalena. La historia, de venir, vendría detrás.

Por el fondo de la placita se asomaba el letargo venenoso del bosque. Había allí un canto circular de ranas y un movimiento de azogue de reptiles y un aleteo sórdido de gallinazos. Entre los árboles, cuando me acerqué al borde del malezal, brillaba una intermitente llamita con algo de mirada de

Pero el Magdalena, en toda su realidad visible e inmediata, era otra cosa. Guardaba para mí, por lo pronto, la lección de una nueva sensibilidad ante el paisaje, de un inolvidable y prodigioso sistema de vinculación entre la tierra y su habitante.

búho. La llamita parecía estar adherida a la sombra, haciendo más opacos sus contornos, sin que pudiera precisarse la distancia. Una vez más, se me nublaban en la memoria las referencias de la realidad. No sabría decir cuánto tiempo permanecí por las negras lindes del follaje, medio intuyendo un vértigo nunca hasta entonces conocido. Tal vez evocara el influjo legendario del yopo, ese misterioso polvillo vegetal que hace delirar a quien lo respira. En el trópico siempre es plausible darle un buen margen de crédito a la fantasía. Viajar viendo sólo lo que a simple vista se ve es ir a contrapelo de las más verídicas y aconsejables conjeturas.

Al otro lado de la plaza, había una puerta de la que salía una tenue luz. Apoyado en el muro de calamocho, junto a las jambas decrepitas, un hombre joven, de pelo hirsuto y camisa sin abotonar, con un cesto de mapires bajo el brazo, hacía esfuerzos por mantener el equilibrio. Un poco más allá, medio desdibujadas por la penumbra, dos indias miraban silenciosamente al muchacho del cesto. Me acerqué como disimulando. Esas tres únicas figuras de la noche representaban un drama ignorado, eran los personajes simbólicos de la vida de Puerto Wilches, cada una formando parte de la otra y, no obstante, desconectadas entre sí sin más dependencia que la que intercambiaba la soledad. Contemplé de pasada a las mujeres. La más alta ya no era joven, se le combaba la preñez por



Simití

debajo de la abultada suciedad de sus faldones. La otra era casi una niña, de tez muy morena, con una enorme trenza colgándole hasta la cadera. Los tres personajes permanecen quietos, en una inmovilidad de veras inquietante, como vigilándose sus mutuas desolaciones. De pronto, un mugido de la sirena del barco rompió la humana alegoría del paisaje. A pesar de que me apresuré todo lo que pude, tuve que saltar temerariamente al botalón de la carga para no quedarme en tierra. Ya habían izado la rampa y un estibador me dio la mano para poder encaramarme a la cubierta.

—Si se demora a lo mejor tiene que quedarse a dormir en el almacén... Aburridor, ¿ah?

La verdad es que tampoco hubiese supuesto ningún despropósito dormir aquella noche en el almacén.

EL LABERINTO FLUVIAL

El vapor desatracó trabajosamente del muelle, valiéndose de la ciaboga para salvar los bajíos. Una luna creciente, de halo bermejo, rebrillaba sobre el palastro mohoso de las aguas. A lo lejos, se dibujaba como un hueco traslúcido, como una lechosa aglomeración de penumbras que iba rasgando el barco a medida que la cruzaba. Me resistía a acostarme; hubiese sido un despropósito cerrar los ojos incluso ante lo que ya no se veía, dejar de acechar los ruidos, de tocar las húmedas vetas del aire, de paladear el poderoso sabor de la noche. El trópico también reclama la exacerbación de los sentidos para intentar calcularle sus inconmensurables interioridades.

Un poco más abajo de Puerto Wilches, por la orilla de babor, llega en busca



del Magdalena el aceitoso caño Cimitarra, con los flotantes tornasoles del petróleo de la concesión de Cantagallo. Cantagallo es como una isla en medio del laberinto de ramales del río. Sus pozos, sin competir con la productiva opulencia de los de Casabe, también dejan salir crudo para llenar más de medio millón de barriles al año, que tampoco es cantidad irrelevante. Por el horizonte que ahora enfilaba el barco, irrumpió de pronto un gigantesco, casi fantasmal incendio que parece devorar toda la magnitud del paisaje. Tardé algún tiempo en relacionar aquel inaudito espectáculo con los tinglados petrolíferos de Cantagallo. La impresionante fogata de los gases coronando las torres proporcionaba un fabuloso decorado a la apacible noche. Casi se le perdonaba al petróleo su grasienta invasión en los puros hondones de la selva. En la cubierta alta, un marinero

guindaba los toldos de proa, que tremolaban con el acre vientecillo del norte. Sonó de pronto, casi al filo de la borda, un chapoteo extraño, como de urgentes arremetidas contra el casco. Desde el abierto sollado de proa, la lumbrera de la caldera iluminaba el agua embistiendo contra la amura. Me asomé y vi un difuso bulto removiéndose entre las olas que desplazaba la quilla. Era una forma alargada y oscura que se deslizaba por el costado del barco, apareciendo y desapareciendo. Me dio un salto el corazón.

—¡Un caimán!

El marinero ni siquiera me miró. Siguió trincando las cabuyas del toldo a las perchas de la barandilla. Un fogonero con pinta de personaje de cuento de fogoneros asomó su cara mugrienta por la boca del sollado.

—Siempre será un larguero —dijo.

El Banco

—Era un caimán, acérquese...

El fogonero se acercó a la borda con una escéptica desgana. Miró al río y ya se volvía a su guarida infernal.

—Un tronco.

—¿Un tronco?

—En el Magdalena, por aquí abajito, ya no queda del caimán ni el cuero.

—Pues me habían dicho que se veían algunos.

—Eso sí no... Iguanas, las que a usted le provoquen, pero del caimán ni el rumbo. Hay que remontar los caños, allá arriba.

Me acordé de los caimanes que había visto en las vitrinas para turistas de Bogotá, los mal curtidos cueros de los ejemplares de buen porte y los disecados cuerpecillos de las crías. Algunos, los más pequeños, aparecían vestidos de máscara, sentados en la cola, con sombrerito y jícara al hombro; las cabezas las empleaban para broches de carrieles, para adornos de abrecartas y colgantes. El minucioso mal gusto de ese uso comercial del caimán sólo es equiparable a la alevosía de su paulatina extinción en el Magdalena. La vida.

—Que pase buena noche.

—Siga, doctor, que esté muy bien.

Rodaba la alta madrugada por el negro carril del río. Entré en mi camarote y enchufé el ventilador, haciendo retemblar el mamparo medianero. Arreciaba el calor con nuevos acopios de humedad. Zumbaban contra la persiana los jejenes y los zancudos, mientras me adormecía oyendo el flujo compacto del río, la impaciente vitalidad de la noche sofocante. Parecía que el barco no avanzaba, que había perdido el rumbo a partir de las últimas tinieblas. También yo me perdí en el sueño. Ya quería amanecer cuando llamaron a la puerta. La navegación se había hecho algo más rápida, entre el crujir del maderamen y el golpear de las ruedas de paletas. Me desperté sobresaltado.

—¿Quién es?

—El jugo, doctor.

—¿Cómo dice?

—El jugo.

Me levanté medio dormido.

—¿Qué jugo?

Abrí la puerta y apareció una mulata de servicial sonrisa y temblorosas carnes. Dejó en la mesita un vaso de zumo de guayaba. Pensé que nada podía ser más intempestivo que un zumo de guayaba a las siete y media, sobre todo porque yo no lo había pedido. Pero tampoco había que ir contra lo que probablemente formaba parte de las normas de a bordo, así que me desayuné con el jugo y aproveché la madrugadora medicina para despabilarme un poco. Si no, seguramente habría soñado que estaba convaleciendo de alguna imprevista dolencia.

Bajé a la cubierta inferior con los primeros despuntes de la mañana. Amanecía en la selva. Amanecía en el mundo como si fuese la primera vez. Por detrás del pulido nácar del aire se oía la llamada de amor del piapoco, el acartonado desperezo de la iguana, el manso arrullo de la garza real, la nauseabunda cacería del zamuro o del zopilote o del aura tiñosa, aquí llamado gallinazo. Todo un enjambre de gritos surgido del tálamo y el observatorio, del comedero y el pudridero.

A la altura de Simití, el Magdalena se escindía en tres ramales. El barco viró a estribor y enfiló el de la derecha, que es el que conduce hasta Gamarra y La Gloria, navegando apenas a diez metros de la orilla, casi sintiendo el roce de las cuadernas contra las paredes del cauce. Todo parecía indicar que íbamos a meternos de un momento a otro por mitad de la arboleda, resbalando por encima del brillante carey del agua. Pero no pasó nada especial y proseguimos el temerario rumbo hacia la linde de las tierras de Bolívar.

El barco cruza ante Gamarra sin detenerse. No me agradó tanta prisa, pero me consolé mirando la prodigiosa, intrincada marcha de los bosques por las orillas, amurallando, encajonando sin cesar al Magdalena. Un poco más abajo, en La Gloria, el río

recuperó los dos brazos que se dejó arrancar por Simití, ensanchándose como un lago. Un modesto atracadero quedaba a unas dos millas del pueblo. El declive del cauce, por donde se desplomaban raíces y se abrían bocas de cieno, se parapetaba con un entramado de guaduas para que la corriente no acabara de morder el fangal y se desbordara el río por todo aquel territorio. En un recodo del puertecito se mecían los bongos, cargados de cañabrava y bananos.

La Gloria, que se alcanzaba a ver desde la borda, se extendía a lo largo del río como un caimán monstruoso, con sus viviendas ocre y techadas de palmicha. Unas muchachas se bañaban medio desnudas en la orilla cenagosa, echándose agua en la cabeza con unas totumas, sin miedo a las mordeduras del bagre y el bocachico, de la mojarra y la muelada, que son comidos por aquí tanto como ellos comen. A mi lado, un pasajero de edad propecta y atuendo de explorador de la jungla, no les quitaba ojo, graduando una y otra vez unos prismáticos de tamaño excesivo.

Pasaba la vida, menguaba la luz mientras el vapor se acercaba al puerto de Tamalameque, al que se arribó casi sin que se le viera venir. El vapor atracó el tiempo justo para embarcar unos fardos de algodón y de arroz. Desde el angosto repecho de madera, unos pescadores se entretenían tirando al agua a unos niños negros, que protestaban sin demasiada convicción. Nadaban alborozadamente entre el muelle y el costado del barco, impúdicos y vociferantes, buceando en el agua grasienta.

HACIA EL RAMAL DE LA LOBA

Entre Tamalameque y El Banco se navega mientras cae apresuradamente la noche. Apenas hay transición: el crepúsculo duró lo que tardó un pájaro en cruzarse con el barco. La decoración del paisaje ha cambiado y la ciénaga de Zapatosa (que no sólo

se parece por el topónimo a la de Zapata de Cuba), rica en peces, en aves y en reptiles, conecta sus aguas marchitas con las turbias del río. La espesura vegetal dejaba sitio a los palmichares, al pantanoso marjal de las islas. Iban menudeando extensas zonas de vegetación calcinada y el Magdalena aumentaba sus fletes de troncos flotantes, de limos pestilentes, de podridos cueros y bejucos. Parecían los restos de un derrumbe de la montaña. Se tenía la impresión de que, río arriba, por los despeñaderos andinos, debía de haberse producido algún caótico descalabro de la geografía.

La luna no había asomado todavía y el barco seguía su rumbo sin luz alguna, arremetiendo contra la boca de lobo de la noche. Sobrecogía mirar por la proa y ver la tenebrosa hondura del río, sin ninguna referencia con las orillas, y con el timón como dejado a su arbitrio, manejado por no se sabía qué misteriosos rumberos de la ciénaga. De cuando en cuando, se vislumbraba la tenue llamita de queroseno de un bohío, dotando al paisaje de una momentánea y humilde ternura. Me acerqué al capitán, un gigantón ya metido en años y con pinta de pertenecer a la cofradía de los viejos lobos de mar. Tenía efectivamente un acusado parecido con el arquetipo imaginario de un personaje de Conrad o Jack London.

—¿Y cómo se navega sin luz? ¿No podemos irnos de pronto contra la orilla?

El capitán me miró con una desvaída condescendencia.

—Podemos, pero este cascarón se sabe el río de memoria.

Todavía duró un par de horas la tiniebla. Una luna inmensa y como incendiada por dentro surgió de repente en un meandro del río y alumbró la impresionante soledad del paisaje. El barco se deslizaba con despaciosa prudencia entre unos bajíos y luego parecía animarse y se apresuraba por unas aguas con trazas de hondas y despejadas en busca de los ramales de Mompós y de La Loba, que dividen sus cauces a la altura del

puerto de El Banco. Por la banda de estribor cruzó una barcaza de tres cubiertas rebo-sante de ganado. Mugen las reses desde sus flotantes corrales, contagiando de bucólico estupor los confines del Magdalena. Los mugidos apenas dejaban oír la sirena de saludo, que es contestada por el capitán con repetidos tirones de un cabo mugriento.

En El Banco confluyen casi todas las pesquerías del Cauca y de la ciénaga de Zapatosa y la mayor parte del comercio ganadero de la región. Cuando el vapor atracó, parecía que el puerto se estaba empezando a dormir. Unos inditos subieron a bordo, vendiendo frutas y calabazos, canastas y cocos. Compré una cajita de arequipe, sabrosa golosina con gusto a la pasta árabe del alajú (que es una receta de harén a base de miel cocida, almendras y matalahúva).

—Sírvase su mercé —dice el indito con ese emocionante arcaísmo que aún perdura en la mayoría de las bien habladas tierras de Colombia.

Salté al muelle de cemento cuarteado y subí una pina cuesta que llevaba hasta la iglesia, asomada al río desde sus barandales de mármol de Sincelejo. El Banco parece un pueblecito bajoandaluz, con sus enrejadas ventanas y sus encaladas y floridas paredes. Notaba como el agrio y fúnebre aliento de la ciénaga cercana. A la puerta de un almacén, donde se amontonaba la yuca y el corozo, un hombre molía maíz sobre una piedra. Unas niñas jugaban en el rellano de la placita de chamizos, persiguiéndose con entusiasmo vociferante.

De regreso al muelle, entré en una cantina a cuya puerta tomaban cerveza dos campesinos. En la pared lucía un primoroso rótulo con el nombre del negocio: se llamaba nada menos que “Las aguas del Leteo”, que ya es culta ocurrencia. “Las aguas del olvido” es, en cualquier caso, un bautismo que me devuelve a mi río nativo, el Guadalete —el “río del olvido” de los árabes—, y que define a la vez con no casual aproximación el clima humano de esta zona fluvial, que parece vivir

un poco a espaldas del progreso. Ya iba por mi segundo aguardiente, oyendo lo que allí se decía o se dejaba de decir, cuando atronó el aire calmo la inoportuna sirena del vapor. Esta vez llegué antes de que hubieran izado la rampa.

El barco, que conoce el río a ciegas, deja a estribor el brazo de Mompós y se aventura por el de La Loba, que se adueña de los ríos Cauca y San Jorge antes de rendir tributo en Magangué. Mientras se emborronaban las luces pobres de El Banco y de San Martín de La Loba, ya a la altura de la ciénaga de Pinillos, el Magdalena pierde de hondo lo que gana de ancho. El plácido brazo de La Loba es amable de navegar, pero engañoso para quienes no conocen los cambiantes bajíos y alfaques de su cauce. A veces, el voluble almacén de los aluviones deforma el seno fluvial y hacen casi imposible la navegación. Pero los viejos capitanes del río parecen intuir esas trampas subacuáticas y las sortean sin mayores problemas. A veces también, alguna inesperada crecida, motivada por los diluvios selváticos y las grandes mareas, provocan el temible desbordamiento del Magdalena, que muda sus benéficos regalos a la agricultura por las marcas irremediables de la destrucción. Cuando el río se sale de madre, extiende por la llanura su aniquiladora lengua de fango, desencadenando de pasada ese duelo inmemorial entre los desperdicios de la tierra y del agua, entre la naturaleza vencedora y el hombre que no se deja vencer.

La campiña, desde la borda, semejaba un espacio sin fondo, una cavidad infinita por donde pulula una y otra vez la fascinación de los miedos gratuitos. El vapor, situado entre los dos filos de la temeridad y la prudencia, se decidió por esta última, arrimándose a la orilla para calmar su largo sofoco y pasar la noche al abrigo de las defensas naturales de Pinillos. Del entramado del varadero colgaban los líquenes y los filamentos de cieno, las mitológicas crenchas de las náyades magdalénicas. Cuando las paletas de la rueda interrumpieron su chapoteo, tam-

bién se tenía la impresión de que había caído desde lo alto una perpleja cortina de quietud. El viento se amansó sobre las fangosas grietas de la ribera. Se juntaba el cielo con la superficie del río, unificándose como un vacío superpuesto a otro vacío.

Desde la cubierta, sólo se veía la silenciosa negrura. Se adivinaba la acechanza secreta del paisaje, la actividad de la ciénaga invadiendo los recintos del bosque. Toda la noche era un inmenso río de sombras, deslizándose a lo alto y lo ancho del tiempo, contagiando de húmedas bocanadas de sigilo la redondez del mundo. Por debajo de las aguas del Magdalena, por detrás de los insuficientes muretes de las orillas, permanecía bullendo una especie de contenida vitalidad, como un barrunto de energía que parecía que iba a irrumpir de pronto en los apacibles corredores de la oscuridad.

Las luces de Pinillos titilaban como cocuyos entre las barracas y los palmitares. Ya era la medianoche. En el trópico también la medianoche es una hora propicia para la fantasía. Al menos a mí se me empezaron a agolpar en la memoria las supersticiones de la ciénaga y el páramo, de la selva y la sabana. Desde la valeriana y el frailejón de las cumbres andinas hasta el papayo y el cocotero de la planicie, toda la flora ya reconocida era como un inventario de creencias populares relacionada con los influjos secretos de la naturaleza. Circulaban por el aire los olores insondables del barrizal, derivaban por el río los restos del naufragio de la selva. Se oían los clamores del pájaro necrófago, de la parturienta alimaña, los ciclos interminables de la fecundidad y la agonía. Ya en mi camarote, soñaba que estaba viviendo una antigua experiencia, la misma que vivieron los primeros exploradores de aquel territorio poblado de todas las quiméricas credulidades que pueden alojarse en la vida del trópico.

Me despertó el afónico mugido de la sirena. Estaba amaneciendo y el vapor se disponía a proseguir su cauta singladura, entre una creciente intermitencia de remoli-

nos de bejucos. Desde la ventanilla del camarote se veía la brumosa soledad de la ciénaga. Una garza encelada llamaba al garzón desde una islilla de maleza. La islilla bogaba como un muñón vegetal en el olvidado mapa del río, un desgarrón selvático corriendo hacia su marítima perdición. La luz de la mañana tenía algo de lienzo manchado de fango, maloliente y hermoso como la sábana pobre de la virginidad. Del hondo sotobosque subía un vaho impregnado de los acres olores del borchorno. Un sol desvaído empezaba a apuntar entre la neblina.

El barco dio un respingo y se quedó varado de pronto en mitad del río. Las palas de las ruedas arremetían inútilmente contra el agua marrón, como entorpecidas por la mordedura del cieno.

—Un bajío, carajo. Se veía venir.

—¿No hay fondo?

—Casi cuatro metros, pues. Debe haberse formado una tranca de aluvión.

—Vaya.

—Al río como que le crece la tierra por dentro.

Me imaginé el fondo del Magdalena como una piel estallante de pompas sólidas, con monstruosas erupciones y repentinamente bultos alevosos. El barco intentó virar en vano hacia la orilla de babor. Se oía el rascado de la quilla contra la espesura arenosa del lecho. Pero el vapor no conseguía zafarse de sus cenagosas amarras. Gemía la tablazón de la cubierta y el hierro de los botalones. Resonaban las palas como si estuviesen batiendo una pasta. El capitán probó suerte otra vez haciendo rotar el barco hacia estribor y, no sin alguna temeraria escora, pudo seguir finalmente el rumbo que le marcaba el calado.

A lo lejos empezaban a menudear islotes, marañas de juncos que iban despedazándose con la corriente. El barco enfiló como pudo los pasadizos que quedaban entre los yerbazales acuáticos y las orillas desplomadas, internándose como por un hondón abierto entre las lindes presuntas del cauce.

Con un poco menos de fondo, la cubierta alta del vapor no rebasaría el nivel de la tierra. Por el costado de babor van vertiéndose en el Magdalena los caños y torrentes que vienen de las tierras de Sucre y Majagual. A estribor, al fondo, se perfila la serranía de los Motilones, ya en la linde de Venezuela, por donde la civilización no pudo hacer demasiados prosélitos entre las primitivas tribus de indios. No se sabe qué fue peor.

Cuando se embocó el desagüe del río San Jorge, por el que navegaban unas barcasas repletas de fardos, el Magdalena se aquietó como un cristal aplastado contra el fango. Una agobiante calina anunciaba la tormenta. No había nubes en el cielo ni paisajes en la tierra: era la continuidad de lo igual con lo igual. Apenas se notaba el arrastre contrario de la corriente, todo estaba atascado en los sumideros del tiempo. Algunos despojos de árboles permanecían parados en medio del río, como sorprendidos por el letargo del aire. Una bruma rastrera se deslizaba por las orillas y el metálico espejo del Magdalena apareció salpicado de manchas grasientas, de hojarasca podridas. Sobre el flotante ataúd de un tronco, bogaba con una tétrica lentitud un zamuro, que picoteaba una imposible carroña. Era como si se estuviese anunciando que iba a ocurrir algo insólito.

DE MAGANGUÉ A BARRANQUILLA

Ya bien entrada la mañana arribó el vapor a Magangué. Magangué es el balcón fluvial de las sabanas de Bolívar, rico en labranzas y ganaderías, en colores y sabores. De Magangué salen cada año con rumbo a Barranquilla unas cincuenta mil toneladas de arroz y panela, de tabaco y cacao, de algodón y yuca, de reses y cueros de reses. Los bosques aledaños también producen en buenas dosis el bálsamo del Tolú, el marfil vegetal de la semilla de la tagua, la raíz medicinal de la ipecacuana, las nobles maderas del caobo y el palo Brasil. Magangué tiene ya trazas de ac-

tivo nudo de comunicaciones dentro de estas latitudes colombianas no lejanas ya del mar Caribe.

Anduve buscando al capitán, que dormitaba tras unos costales de la toldilla, repantigado en un chinchorro de lona.

—Perdone, ¿cuánto tiempo vamos a demorarnos aquí?

El capitán apenas entreabre los ojos.

—Pues quién sabe, doctor. ¿Le parece bien una hora?

Me pareció de lo más bien y salté al muelle antes incluso de que hubiesen trincado las maromas. Magangué se empinaba sobre un extenso terraplén del río, con sus primeras casas alineadas casi a ras del cauce. Una calle empedrada trepaba hacia la izquierda, entre almacenes y edificios de ladrillos. Olía a fritanga y a moho. Al final de una costanilla, por donde se suceden los puestos del mercado, quedaba el centro del pueblo. Las calles son pinas y angostas y abundaban las tiendas de comerciantes de ropas y cachivaches diversos.

El comercio de Magangué está en manos de palestinos y libaneses, que aquí llaman indistintamente turcos. Los tipos que se veían por allí tenían todos facha de lo que eran, ya aclimatados quizá con los cruces de sangre de los calentanos. Me preguntaba que cómo vendrían a caer por estos parajes esas gentes del fondo del Mediterráneo, convirtiéndose en mercaderes colombianos y cambiando las aguas del Jordán por las del Magdalena. En los anuncios de las tiendas aparecían unos desconcertantes nombres semitas. Como yo no estaba al tanto de lo que ocurría, pensé al principio que padecía de alucinación o que había equivocado el rumbo.

En el arranque del mercado se levantaba el barracón de un almacén de pieles. Por detrás asomaba un entramado de cañas donde se secaban unos cueros aparentemente prohibidos: de tigrillo, de caimán, de guío. También había alguno de becerro. Trasmí-



naba por toda la redonda el hedor de los curtientes. Los zamuros volaban casi a ras del suelo, con sus alas medio desplumadas, la rojiza cabeza como convertida en otro despojo. Se posaban a las puertas de las casas, picoteando y registrando el terreno. Una muchacha negra, espigada y contoneante, los espantó al pasar, sin mirarlos siquiera. Parecían gallinas con vocación de destripadoras.

El trazado del pueblo era más bien un despropósito. Las casas estaban pintadas de verde, de amarillo, de granate, de celeste. En una esquina despuntaba un edificio de tres plantas con arcos de herradura y columnillas en el porche, coronado de un minarete de cemento. Era lo previsible. La casona tenía aire de alcaldía de renegados. Un poco más arriba, las callejas se asomaban ya a un paraje de ciénagas y humedales, de campiñas

inundadas. Es el cinturón de arroz que ciñe Magangué a su mesa de cada día. Aquí, el que no come arroz es porque no es de aquí.

Entré en un aguaducho con nombre de copla andaluza, La orillita del río, donde me bebí un vaso de una versión local del guarapo que todavía me está quemando por dentro. Una india dormitaba allí mismo en una perezosa, sin hacer caso del trajín ni de los zancudos. A su lado había un poyete con bateas y coyabras y un fogón de piedra. Por detrás del mostrador una puertecilla comunicaba con un corral donde un caballo con enjalma observaba desganadamente a la clientela. Hacía un calor desmesurado y pegajoso y olía a carne cruda. En una mesa del fondo unos hombres comían arroz con plátanos y con unos huevecillos que no acerté a reconocer; parecían cacahuetes, pero no

Magangué

El Magdalena, más ancho que nunca, corría mansamente entre los pastizales. Se veían cruzar las reses por las dehesas ribereñas y, en dirección a las fumarolas de la concesión petrolera de El Difícil, se dibujaba Sierra Nevada de Santa Marta, con sus picos de Cristóbal Colón y de Simón Bolívar dominando media Colombia desde sus casi seis mil metros.

lo eran. Le pregunté al dueño, un hombrón blanquinoso de buenas palabras y con ganas de colocar su mercancía.

—Huevos de iguana. ¿Le provocan?

—¿De iguana?

—Ahorita han traído recién cogidos. Por aquí hay mucha iguana, chequeando el río no más...

Los huevos de iguana se sacan de dentro de la iguana, sin esperar a que los ponga. Le abren la barriga y luego se la cosen como si tal cosa, para que siga ovando. En estos trances comestibles, yo todavía no he pasado de la sopa de tortuga. Pero el dueño de la cantina está decidido a que pruebe los huevos de iguana.

—¿Le provocan?

La verdad es que no me “provocaban”, pero había que probarlos. Noté un particular regusto salado, parecido quizá a la yema del pato silvestre. Pero a lo que más sabían era a una mezcla de conejo y boquerón. Estuve a punto de explicarle al dueño que, por mis tierras, a falta de este tipo de saurios, también se almuerzan el lagarto asado o la serpiente en pepitoria.

Los comercios de Magangué son variados y pintorescos como los colores de

sus casas. Cuando salí de La orillita del río me asomé a una espaciosa cacharrería. Del fondo salió una voz poderosa y cantarina:

—Prosígase p’adentro, doctor.

Me proseguí. En las estanterías de la tienda se exhibía un profuso muestrario de carrieles de cuero y bolsas de fibra, de vasijas de barro y canastos de caña, de herramientas y aperos. Me compré una peinilla de primorosa labra —un alfanje turco de segar—, con su vaina pirografiada, y una piel de güío que, en vida, debió de ser el auténtico retrato del pánico.

De regreso al muelle, en mitad de la cuesta de terrizo, un viejo mulato desarrapado y de entrecana pelambre recitaba sentado en la acera una especie de misteriosa letanía, subiendo y bajando la cabeza, como si escribiera sobre el polvo. Parecía un santón árabe, pero su figura de agorero no desentonaba del ambiente de Magangué. Nadie le hacía caso: se conoce que lo habitual de su actitud le había quitado interés al asunto. Me acerqué y el anciano interrumpió sus exorcismos. Sacó de su pecho un montoncito de estampas y comenzó a barajarlas como si fueran naipes. No entendí muy bien lo que decía, pero le compré una hojita con la imagen de San Judas Tadeo, buen mediador para “rezar” las mordeduras venenosas y que había que “cargar del lado del corazón para que no se embejuque el cariño”. El envés de la estampa tenía impreso un romance que ya había escuchado en Bogotá como procedente del Chocó, el “alabao del juicio final”, una curiosa suerte de melopea con manifiesta resonancia a pliego de cordel castellano. Me volví feliz al barco con mi imagen de San Judas, aunque pensando también que Magangué no es precisamente un pueblo como para conocerlo en una hora.

El vapor desatraco al mediodía, cuando arreciaban el calor y los húmedos bochornos fluviales. Luego de sortear los islotes de la desembocadura del caño de Cicuco, el brazo de La Loba se fundía otra vez con el Mompós. El Magdalena, más ancho que

nunca, corría mansamente entre los pastizales. Se veían cruzar las reses por las dehesas ribereñas y, en dirección a las fumarolas de la concesión petrolera de El Difícil, se dibujaba Sierra Nevada de Santa Marta, con sus picos de Cristóbal Colón y de Simón Bolívar dominando media Colombia desde sus casi seis mil metros.

Poco a poco, el Magdalena va convirtiéndose en otra intrincada red de islotes, lagunas y canales divisorios. Una incesante sucesión de llanuras y tierras pantanosas servía de telón de fondo al dédalo de las aguas. Entre Córdoba y Plato, ya no se sabía si los contornos isleños son otras tantas bocas de ríos. Parecía que el barco tampoco iba a acertar entonces con el rumbo de Barranquilla, perdido en aquel laberinto de caños. Empezaba a caer la tarde por el puertecito de Tenerife y el aire olía a cenizas y a estiércol. A una y otra orilla se escalonaban los bohíos de los indios, con sus pequeños platanales y sus chozas de palmicha. La urna del crepúsculo caía velozmente sobre los campos sin fondo.

Cuando el vapor arribó a Calamar ya era noche cerrada. De Calamar arranca el canal del Dique, que sube hasta Soplaviento y baja hasta Sincerín, para vaciarse finalmente en la bahía de Cartagena, frente a los farallos de la isla de Tierra Bomba. Este canal, en el que ya se pensó hace cosa de tres siglos, fue rectificado no hace mucho y sus navegables serpenteos dotan de nuevas expectativas a la prosperidad de la región, por cuyas sabanas pacen unos dos millones de reses, que es cómputo que se contradice con cualquier hambruna.

El vapor se detuvo en Calamar el tiempo justo para aliviarse de algunos fardos con destino a Cartagena. La noche estaba oscura y los braceros descargaban los bultos casi sin verlos. Rebrillaba la boca del canal como una pulida tabla de caoba, titilando entre las balizas de orientación y los tanques del acueducto. El caserío de Calamar quedaba

un poco más largo, todo sombreado de guaduas. En el declive del cauce un hombre esperaba, con la caña entre las piernas desnudas, que picasen la mojarra y el bagre. Se mecían los bongos entre dos aguas, topándose como caimanes dormidos.

El barco se demoraba adrede para no llegar a Barranquilla hasta el amanecer, que era lo más sensato. Apenas se distinguían los contornos, pero se vio cruzar a sólo unos metros el *Expreso Fluvial* que remonta las aguas hasta Puerto Berrío. Los dos barcos se saludaron con atronadores toques de sirena, despertando a las reses del valle, a los turpiales y las garzas del bejucal, a los reptiles y los roedores de la ciénaga. Miré hacia popa, por donde se perdía el vapor del regreso. No sería mala cosa dar marcha atrás y volver a navegar en sentido contrario las ya navegadas rutas del Magdalena, viendo de ida lo que no se pudo ver de venida. Subiendo hasta Puerto Berrío se tarda el doble que bajando: unos siete días con sus noches.

Desde el camarote se presentía el lento paso del mapa, las oscuras escaladas de Piñón y Calamina, de Remolino y Sitionuevo. El sueño traía a remolque las experiencias pasadas, las recuperaba y sedimentaba en la memoria. Cuando volví a la realidad, ya estaba el barco amarrado en Barranquilla, en el espigón de babor. Barranquilla no quiso quedarse en muelle terminal del Magdalena y canalizó las Bocas de Ceniza para ser también puerto marítimo. Ahí está ya el Atlántico, aunque todavía no se perciba más que por el aliento. El amanecer tenía una extraña calidad de acuario. La mirada soportaba la ferretería desapacible de las grúas y los puntales, de los tinglados portuarios. Y ya me dispuse a entrar en la órbita costera de Colombia, al oeste y al este de Barranquilla, entre la frontera panameña y Santa Marta, ese otro inolvidable mundo caribe donde también se engranan fastuosamente la historia y la geografía. ✱